



Un profesor distraído

Luis Teodoro DÍAZ MÜLLER

Desde otra cultura, con los vientos de transición de fines de los setenta, llegué a estudiar a tierras aztecas. Una vida pródiga, de mucho estudio. Conozco desde Chiapas hasta Tijuana y Ciudad Juárez, las fronteras polémicas.

Recuerdo con afecto a muchos colegas. Para empezar, al doctor Jorge Carpizo y los desayunos de erudita conversación. Me alegró que después hiciera un crucero por la región de Punta Arenas a Puerto Montt, un viaje por los mares del Sur, como diría Emilio Salgari.

Un recuerdo grato fue el Coloquio sobre la Paz celebrado en Querétaro, organizado por Ricardo Méndez-Silva. Vinieron excelentes profesores de distintos lugares del mundo, nos declararon Hijos Ilustres de la Ciudad, conciertos, paseos, magníficas cenas, estudiantinas, y la calidez de la ciudad: El Refugio del Viejo Conde.

Recuerdo el Congreso Internacional sobre la Paz, en 1986, que coordiné y que nos permitió ganar el Premio Mensajero de la Paz de la ONU. Se publicaron tres tomos y contribuyó a los estudios acerca de la paz, seguridad y el desarrollo en tiempos difíciles, pues se venía saliendo del conflicto centroamericano y se discutían las transiciones a la democracia: la importancia del Grupo Contadora y de las contribuciones de los doctores Bernardo Sepúlveda, Jorge Castañeda de la Rosa y del maestro Ricardo Valero.

Los seminarios sobre deuda externa, grupos de presión y comunidades indígenas avanzaron considerablemente en las investigaciones de frontera. A la postre, adquirirían enorme importancia en la vida académica y en el devenir del país.

Además, como asesor de la CNDH recorrí gratamente la república, sembrando la semilla de la cultura de los derechos humanos, que años después se reflejaría en la reforma constitucional del artículo 1o., otorgándole una modernización profunda a la normatividad en derechos humanos. Inspirados en los ensayos clásicos del insigne maestro doctor Héctor Fix-Zamudio, guía de generaciones.

El doctor Manuel González Oropeza creó el Doctorado en Derecho Indígena en la Universidad Benito Juárez de Oaxaca, un posgrado pionero en el que participamos. En una oportunidad viajé con el recordado maestro Pedro Zorrilla Martínez, jefe del Posgrado, pleno de anécdotas y de notable sapiencia. Asimismo, es de mencionar el incesante trabajo de la doctora Ingrid Brena y los seminarios sobre salud y derecho conjuntamente con el doctor Fernando Cano Valle, que han producido conocimiento de frontera.

Don Sergio García Ramírez y la distinguida humanista doctora Olga Islas de González Mariscal constituyen foros intelectuales, especialmente en derecho penal, de quienes he aprendido con profundidad. En la hora de las remembranzas no puedo dejar pasar la oportunidad de recordar al maestro Santiago Barajas Montes de Oca, y su tradicional bonhomía. Martita Morineau, afable y cariñosa. Le quedé debiendo la invitación al restaurante japonés de la colonia Condesa. El legado insigne de don César Sepúlveda y don Emilio O. Rabasa, que me prodigaron su amistad y los desayunos de los viernes.

El buen humor y calidad humana de Álvaro Bunster y Lisandro Cruz Ponce. La cordialidad y amistad de tantos años de Jorge Mario García Laguardia. Las conversaciones con Beatriz Bernal me han iluminado mucho sobre el caso cubano, sin estar necesariamente de acuerdo. La cordialidad y el sentido del bien del doctor Jorge Fernández Ruiz, una excelente persona, constructor de proyectos.

El terremoto de 1985 fue a las 7:19 horas. Encontró a Lisandro Cruz en la Torre de Humanidades, es de imaginarse el susto, un sismo que conmovió al país. Otro recuerdo afectuoso: el maestro Guillermo Floris Margadant. En una oportunidad me invitó a comer a su casa, con un amplio repertorio de caviar y una biblioteca frondosa. Deliciosa comida, en medio de gatos... y hermosos árboles.

En la vida universitaria he tenido la oportunidad de intercambiar ideas y libros con distinguidos académicos. El doctor Remiro Brotóns, que ahora es el abogado de Bolivia en el diferendo marítimo. Don Radomiro Tomic, candidato presidencial en 1970, de quien mi hija Verónica no tuvo reparos en

perjudicar sus pantalones cuando lo llevamos a conocer Cuernavaca, la Ciudad de la Eterna Primavera. El maestro Thomas Buergenthal, a quien conocí fugazmente, si bien continuó estudiando su magnífica obra. El amigo José Emilio Ordóñez Cifuentes, entrañable, pionero en el derecho indígena.

Y tantos y tantos otros que se me escurren de la memoria.

¡Carpe diem!